y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la más que hasta entonces había visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me había puesto, me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio.

Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venía á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podía echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues había dado por mí mil y quinientos "zoltaniz:" á lo cual ella respondió:

—En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os hacéis pobres por engañar á los moros.

—Bien podría ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la traté y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.

-¿ Y cuándo te vas? dijo Zoraida.

—Mañana creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él.

—¿ No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?

-No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, toda vía yo le aguardaré puesto que Yo me incliné, y él se fué á buscar á los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le había mandado; pero apenas él se encubrió por los árboles del jardín, cuando ella, volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo:

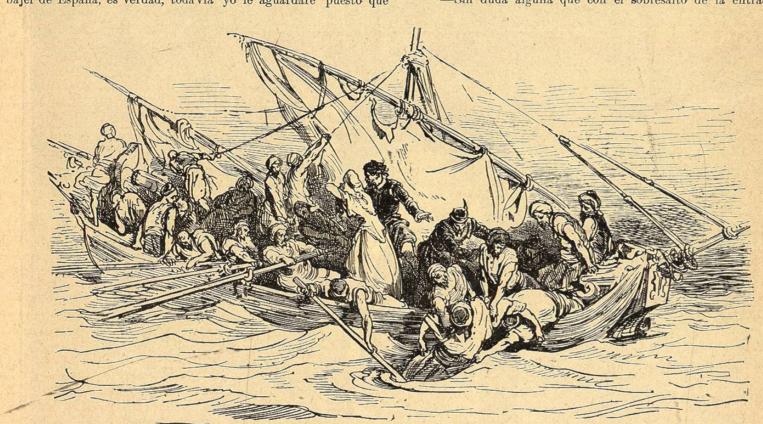
—¿"Tamejí," cristiano, "tamejí"? que quiere decir: ¿vaste cristiano, vaste? Yo la respondí:

—Señora, sí, pero en ninguña manera sin tí: el primer jumá me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos.

Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hacia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre, que ya volvía de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos había visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más á mí y puso su cabeza sobre mi pecho doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo asimismo di á entender que la sostenía contra mi voluntad.

Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenía; pero como ella no le respondiese, dijo su padre:

-Sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destos



es más cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.

— Debes de ser, sin duda, ca sado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer?

—No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá.

Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida.
Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á ti mucho.

Desto se rió mucho de veras su padre, y dijo:

—Gualá, cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la más hermosa de todo este reino; si no mírala bien y verás como te digo verdad.

Servíanos de intérprete á las más destas palabras y razones el padre de Zoraida, como más ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho allí se usa, más declaraba su intención por señas que por palabras.

Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardín habían saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura.

Sobresaltóse el viejo, y lo mismo hizo Zoraida, porque es común y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo, pues, que dijo su padre á Zoraida:

—Hija, retírate á la casa, y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buena hora, y llévete Alá con bien á tu tierra.

canes se ha desmayado; y quitándola del mío la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir:

—"Amejí," cristiano, "amejí:" vete, cristiano, vete. A lo que su padre respondió:

—No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningún mal te ha hecho y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron.

Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo ya me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz y con tu licencia volveré, si fuese menester, por yerbas á este jardín, que según dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él.

—Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agi Morato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas.

Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas rodeé muy bien y á mi placer todo el jardín: miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podía ofrecer para facilitar todo nuestro negocio.

Hecho esto, me vine y di cuenta de cuanto había pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecía

En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el día y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el orden y parecer que con discreta consideración y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos

el buen suceso que deséabamos, porque el viernes que se siguió al día que yo con Zoraida hablé en el jardín, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba.

Ya los cristianos que habían de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenían; porque ellos no sabían el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habían de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban.

Sucedió, pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron, se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campiña ninguna persona parceía.

Como estuvimos juntos, dudamos si sería mejor ir primero por



Zoraida, ó rendir primero á los moros tagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado diciéndonos, que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos los moros estaban descuidados, y los más dellos durmiendo.

Dijímosle en lo que reparábamos y él dijo que lo que más importaba era rendir el bajel, que se podía hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decía, y así sin detenernos más, haciendo él la guía, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dijo en morisco:

—Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habían entrado dentro casi todos los cristianos.

Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez, quedaron espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ninguna tenían, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros, que si alzaban por alguna vía ó manera la voz, que luego al punto los pasarían todos á cuchillo.

Hecho ya esto, quedaron en guardia la mitad de los nuestros, y los que quedábamos, haciéndonos ansimesmo el renegado la guía, fuímos al jardín de Agi Morato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie.

Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos "nizarani," como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí y que bajase.

Cuando, ella me conoció, no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano, y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demás, que no parecía sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad.

El renegado le dijo en lengua morisca, si estaba su padre en el jardín. Ella respondió que sí, y que dormía. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardín.

—No, dijo ella, á mi padre no se ha de tocar en ningún modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es en tanto, que bien habrá para que todos quedéis ricos y contentos; y esperaos un poco, y lo veréis; y diciendo esto, se volvió á entrar diciendo que muy presto volvería, que nos estuviéramos quedos sin hacer ningún ruido.

Preguntéle al renegado lo que con ella había pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se había de hacer más de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvía cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podía sustentar.

Quiso la mala suerte que su padre despertase en el interín, y sintiese el ruido que andaba en el jardín; y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo

—Cristianos, cristianos, ladrones; por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión; pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agi Morato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se había dejado caer en mis brazos.

En resolución, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agi Morato trayéndolo atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le había de costar la vida.

Cuando su hija lo vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado ignorando cuán de su voluntad se había puesto en nuestras manos; mas entonces siendo necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habían quedado, nos esperaban temerosos de algún mal suceso nuestro.

Apenas serían dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el pañuelo de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitaría la vida. El, como vió allí á su hija, comenzó á suspirar tiernísimamente, y más cuando vió que yo estrechamente la tenía abrazada, y que ella, sin defenderse, ni quejarse, ni esquivarse, se estaba queda; pero con todo esto callaba, porque no se pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacía.

Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demás moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaría en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto le había querido.

El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento, pero él respondió que no le convenía, á causa de que si allí los dejaban, apellidarían luego la tierra y alborotarían la ciudad y serían causa que saliesen á buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podía hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos.

En este parecer venimos todos; y Zoraida, á quien se dió cuenta, con las causas que nos movían á no hacer luego lo que quería, también se satisfizo; y luego con regocijado silencio y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó un remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazón, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca; pero á causa de soplar un poco de viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sagel, que en aquella costa cae no más que sesenta millas de Argel; y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venían con mercancía de Tetuán, aunque cada uno por sí y por todos juntos presumiamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andaban en corso, que no soló no nos perderíamos, mas que tornaríamos bajel donde con más seguridad, pudiésemos acabar nuestro viaje.

Tha Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentía yo que iba llamando á Lela Marién que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo más sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveída la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querían soltar los remos de las manos en manera alguna.

Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á izar luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Orán, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegamos por más de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese.

Dimos de comer á los moros tagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles cómo no iban cautivos, que en la primera ocasión les darían libertad. Lo mismo se lo dijo al padre de Zoraida, el cual

—Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, oh cristianos; mas el darme libertad no me